

# LA LIRA CHILENA

INVIERNO



Año IX--N.º 2

Julio de 1906

# Sección Informativa

## Los Araucanos

Del libro publicado últimamente por don Luis Galdames—titulado *Estudio de la Historia de Chile*, reproducimos estas páginas. Ellas darán una idea del interés de la obra.

I.—POBLACIÓN PRIMITIVA.—De los primeros pobladores de Chile se sabe muy poco. Su origen, su fisonomía y sus costumbres se ignoran.

Sólo el grado de cultura á que alcanzaron y los medios de vida de que dispusieron, pueden ser apreciados por nosotros.

Algunos objetos suyos que se han encontrado en las capas inferiores de la tierra, permiten fundar tales apreciaciones.

Componen esos restos indígenas, piedras toscamente labradas, huesos de animales y conchas marinas.

Por casualidad se les ha descubierto, ya cavando la boca de una mina, ya cortando una montaña para trazar un canal ó una línea férrea, ya abriendo los cimientos para un edificio, en cualquiera labor para que ha sido necesario remover el suelo á una mediana hondura, esos hallazgos se cuentan por millares.

Los restos más comunes son de piedra, y su clasificación no es difícil, porque los usos para que los indígenas los destinaron, no fueron muy

diferentes; la guerra, la caza, la pesca. cuanto se relacionó con la alimentación; nada más.

He aquí varios de los principales:

### 1.º Piedra horadadas.—

Guijarros pulimentados por sí solos en el lecho de los ríos, algunos son redondos y chatos en forma de disco, otros macizos semejando una esfera. La horadación es comúnmente biconica, á modo de dos pequeños embudos unidos por su parte angosta y presentando su frente hacia afuera. Los indígenas los aprovecharon, según parece, en apretar los tres filudos palillos de una especie de tenedor con que arañaban la tierra para arrancarle las raíces y tubérculos que, como el «liuto», la «papa» y el «coltro», les servían de alimento. Para horadarlos

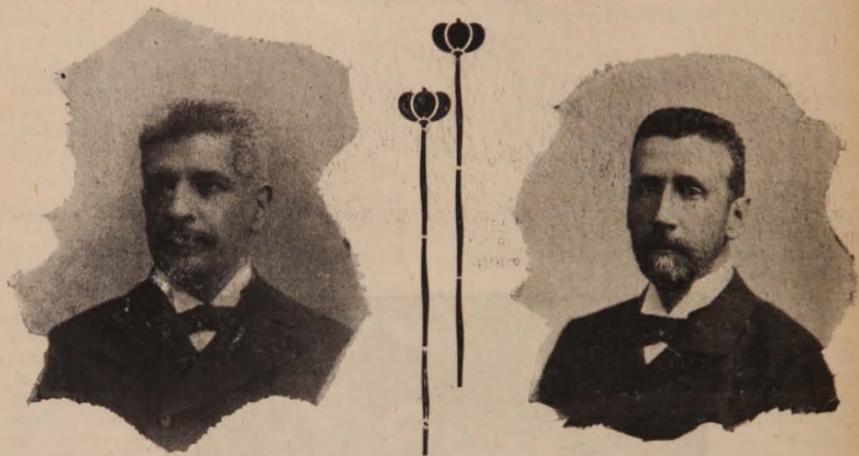


Tipos de indígenas araucanos

empleaban un taladro de madera ó de hueso cebado con agua y arena.

2.º Hachas.—Estas piedras son, por lo general, de porte reducido. Se usaban, provistas de un grueso mango, probablemente en desollar

# LOS ELEGIDOS



Reunidos los chilenos en la sala del Congreso, eligieron á estos dos ciudadanos para el primer puesto de la nación. Triunfó don Pedro, pero...

¡Hubo diversidad de opiniones! Los hombres no saben ponerse de acuerdo.



Reunidas las chilenas en congreso pleno, eligieron el **Aceite Escudo Chileno**, para ocupar el primer puesto en sus cocinas, desechando todos los demás.

¡Reinó una sola opinión! Las mujeres saben ponerse de acuerdo.

los animales, en cortar los miembros de los cautivos de las guerras, en extraer mariscos de las rocas, etc.

3.º *Puntas de flechas.*—Semejan hojas de árbol: adoptan dos formas, una dentada y otra lisa. Se supone que las dentadas se aplicaban con preferencia á la caza; porque, pudiendo conservarse largo tiempo en la herida de la bestia cazada, impedían ó dificultaban, á lo menos su fuga. Las otras parecen más adecuadas para los combates y son las más numerosas.

Como tales vestigios se han encontrado en capas profundas de la tierra (de 8 á 12 metros), y como, juntos á ellos y en terrenos de igual naturaleza, se han hallado también hasta huesos de animales pertenecientes á especies ya desaparecidas (el «mastodonte» por ejemplo), se ha convenido en atribuirles una antigüedad muy remota; por donde se ha llegado á la conclusión de que la primitiva población de Chile data de una época solo contable por millares de años, talvez desde que fué posible la existencia de seres humanos en el globo.

Este es el primer provecho que del estudio de esos restos se ha sacado. Y de su comparación con utensilios semejantes de otros pueblos que todavía existen en un grado de cultura casi igual al de nuestros aborígenes primitivos, se ha podido inducir el uso á que fueron destinados aquéllos y las condiciones de vida de los individuos que los usaron.

Chile tiene, pues, una «prehistoria» remotísima y una «edad de piedra», tal como los demás países modernos.

Pero hay también en nuestro territorio algunos vestigios más de muy diversas especies. Son *pedras escritas* con signos que aún no han sido descifrados y que parecen indescifrables. Esos signos están grabados como á cincel sobre la superficie perpendicular de las piedras.

Han llamado particularmente la atención dos de estos restos. Es uno, la llamada *Piedra de Rapiantu*, que se halla cerca de los baños de Cauquenes, y es el otro, la *Piedra de Atacama*, situada en el desierto de este nombre, junto á la cordillera de los Andes.

En un espacio plano, como de tres ó cuatro metros, contiene dibujos de perros, huanacos y otros animales, mezclados con talladuras de formas caprichosas.

Como tales vestigios suponen un grado de cultura muy superior al de nuestros indígenas de la «edad de piedra», que no conocían la escritura en ninguna forma, se ha creído descubrir en aquéllos las señales de la existencia de una raza antes civilizada y extinguida en nuestro país. Nada, sin embargo, ha podido comprobarse.

Faltan en el suelo de Chile restos de construcciones de los tiempos prehistóricos, pero hay, á orillas de la costa y en casi toda la zona del centro, algunos sitios donde se han hallado rastros de *ruca*s de esta lejana época, juntamente

con utensilios de piedra y de madera, huesos de animales y hasta cadáveres petrificados.

No se tienen más recuerdos de nuestro hombre primitivo. Pero así, tan rico y tan pobre como aparece, ha sido el quien ha iniciado la civilización en nuestro país; y hombres de su misma condición y especie son los que la han iniciado también en los demás países del mundo.

\*\*\*

II.—TERRITORIO POBLADO: CONTORNOS E ISLAS.—Otras de las ventajas obtenidas del hallazgo de los restos indígenas consiste en que, por medio de ellos, se ha podido fijar la distribución geográfica de la población primitiva, y, al mismo tiempo, las condiciones generales del clima y la producción de nuestro país en esa remotísima época.

En efecto, el hombre de la «edad de piedra» no puede vivir sino en aquellos parajes en que encuentra elementos de subsistencia con poca dificultad. Carece de medios suficientes para dominar los agentes físicos que actúan sobre él. Como no puede luchar en su contra, se les somete sin resistirlos.

Y se observa aquí, á este respecto, una cosa importante: la casi totalidad de los restos indígenas se encuentra en aquellos lugares en que la vegetación ha estado hasta tiempos recientes más desarrollada; de donde se deduce que las condiciones geográficas de nuestro territorio han variado poco en un largo trascurso de siglos.

Es por esa abundancia de vestigios primitivos y por esta fijeza de nuestro clima y producciones, por lo que se hace fácil señalar los *primeros centros de población*.

No debe creerse, sin embargo, que se trata de establecimientos permanentes, de pueblos más ó menos formados.

Nada de eso.

El salvaje es «nómada», no tanto por carácter como por necesidad. Tiene que ir de región en región, siguiendo los cambios atmosféricos y las estaciones que le sean más favorables, tras la guarida y el sustento.

En tales emergencias, la *costa* es su asilo más hospitalario, porque no está expuesta á cambios tan bruscos ni tan duraderos como el resto del continente. De ahí que nuestro indígena primitivo haya frecuentado mucho el litoral chileno.

La línea casi recta en que se tocan el mar y el territorio, de Tacna á Chiloé, ofrece sitios sumamente resguardados en donde la habitación puede establecerse en muy buenas condiciones. Cada uno de estos es actualmente un puerto.

Por otra parte, nuestro océano es un depósito inagotable de mariscos y peces. Desde el «erizo» y el «choro» hasta el «congrío», la «corbina» y la «ballena», se cuentan en él muchas

# NEQUAQUAM

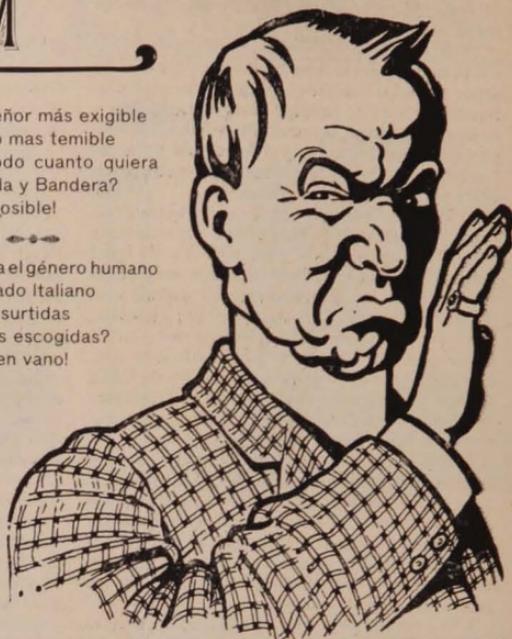
¿Qué otro vende provisiones  
en mejores condiciones  
que Rovano  
el del Mercado Italiano?  
¡Nones, nones!

¿Qué otro tiene, en variedad  
en buen gusto y calidad,  
artículos de plaqué  
como Rovano José?  
¡No es verdad!

Buena ó mala situación,  
nunca sufre alteración  
en su precio este Mercado.  
¿Que así venza por lo honrado?  
¡No hay cuestión!

¿Que el señor más exigible  
y de gusto mas temible  
no halle todo cuanto quiera  
en Alameda y Bandera?  
¡Impposible!

¿Que tenga el género humano  
otro Mercado Italiano  
con surtidas  
provisiones escogidas?  
¡Es en vano!



FUMENSE  
CIGARRILLOS

# KUROKI

QUE SON INDUDABLEMENTE LOS MEJORES



PRECIO:  
10 CTS. PAQUETE  
DE 24 CIGARRILLOS

Estos cigarrillos  
tendrán premios de

1 á 500 pesos

que se pagarán en  
Valparaiso, fábrica  
de cigarrillos

LA BELLEZA

DE

P. URTUBIAGA

TIVOLÁ, 132

especies marinas. El clima de que, en general, se goza á sus riberas, es suave y, como todos los temperamentos, está sujeto á variaciones escasamente sensibles.

Por el lado oriental, Chile posee, en las faldas de los Andes, una gran cantidad de valles de vegetación fértil, con agua en abundancia y animales numerosos. Principalmente en la región del centro, estos valles ocupan todas las quebradas en donde tienen origen los ríos que cruzan el territorio en dirección hacia el oeste.

Desde las fuentes del *Copiapó* en el «Nevado del Azufre» y «Cerro del Potro» hasta las del *Reloncaví*, cerca del monte «Tronador»; los Andes están cortados por una serie continua de valles estrechos, á través de los cuales bajan en forma de torrentes los innumerables riachuelos que constituyen nuestros sistemas fluviales.

Tanto á un lado como á otro, la gran cordillera presenta aspectos en extremo variados: en sus cumbres, nieves perpetuas que la compresión transforma poco á poco en hielo; en sus faldas, bosques de árboles diversos que se van haciendo más y más impenetrables á medida que se avanza al sur; y en el fondo de sus quebradas, praderas perennemente cubiertas de pastos que crecen espontáneos como la demás vegetación.

«Cipreses», «robles», «pehuenes», «lingües», «peumos», «pataguas», «laureles», y otra multitud de árboles componen esos bosques, que todavía permanecen en gran parte vírgenes al sur del río *Imperial*.

Rebaños de «huanacos», «venados» y «huémules», pacían, antes con más frecuencia que hoy, en las faldas de esas mismas alturas. La «vizcacha», la «chinchilla», el «zorro» y el «puma», eran también no menos abundantes.

Bandadas de «tordos», «zorzales», «tórtolas», «papagallos», «garzas» y «piuquenes» poblaban las selvas.

Había, según se ve, en la región cordillerana del centro de Chile, tal como ahora mismo, lugares muy apropiados para el fácil sustento del indígena. No es extraño entonces que una población relativamente numerosa se dispersara allí.

Los Andes patagónicos no eran tampoco escasos de habitantes. La configuración que ofrece

esta zona al lado de Chile no daba lugar, ciertamente, á que se concentrara en ella muy crecido número; pero, de todas maneras, el «patagón» no carecía de alimento.

La caprichosa dispersión de las cadenas de montañas que cubren el occidente de la Patagonia hasta el mar, permite el cruce de muchos ríos por valles más ó menos tortuosos y la formación de grandes lagos entre quebradas de mediana altura. Estos accidentes del relieve resguardan un tanto los terrenos bajos de los vientos fríos de aquellas latitudes y hacen posibles y, en algunos lugares, hasta prósperas la vegetación y la vida humana.

Los ríos *Reloncaví*, *Palena*, *Cisuey* y *Aisen* son de una hoya hidrográfica y de un caudal considerables, y una serie de ríos rodean sus cursos.

Los lagos *Buenos Aires*, *San Martín* y *Cochrane*, que desaguan en el Pacífico por los ríos *Pascuay* y *Baker*, ofrecen condiciones semejantes.

Y hasta en el seno de *Ultima Esperanza*, la Patagonia Occidental es una continuada alternación de cordones montañosos y de valles profundos de «flora» variada y abundante.

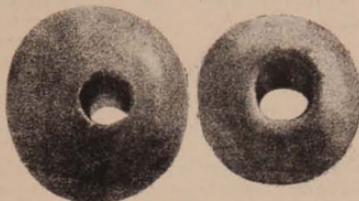
Lo mismo que en la zona central del país, crecen en la Patagonia, «pinos», «cipreses», «alerces», «pehuenes», «quillas» y coligües, y pacen, en medio de los bosques, «pumas», «avestruces», «ciervos» y «huanacos».

La zona insular de Chile se extiende paralelamente á la región patagónica. Era, por lo general, inhabitable casi para el indígena. Batida constantemente por tempestades de nieve y por los vientos del polo antártico, no ofrece á grandes trechos otro espectáculo que el de la desolación.

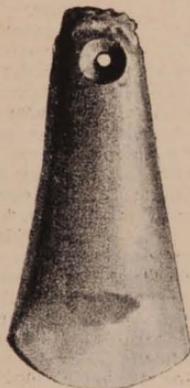
La inclemencia de la temperatura dificulta á la vegetación su desarrollo, cuando no se lo impide.

Sin embargo, no todas las islas tienen el mismo aspecto ni se hallan en igual condición. El archipiélago de *Chiloé*, que es el más setentrional, se sustrae completamente al rigor climático de los que siguen al sur. Participa en todo de la temperatura y la vegetación continentales.

Desde las islas de los *Chonos* empieza la verdadera zona insular. Y así, éstas como las de *Guayacon*, *Wellington*, *Madre de Dios* y *Reina*



Piedras horadadas



Hacha indígena

*Adelaida*, no han tenido, ni tienen aún, más que una población escasísima compuesta únicamente de abrigenes.

Mas al sur, y al otro lado, del Estrecho de Magallanes, se extiende la grande isla austral del continente americano, *Tierra del Fuego*, que pertenece más ó menos por mitades á Chile y Argentina. Muchas otras islas de menor importancia la rodean.

La latitud en que aquella se encuentra, indica á primera vista que sus condiciones de vida no han deser de las más favorables. Lejos de eso; una temperatura siempre helada y fuertes vientos del sur y del oeste, cargadas de nieve, anulan casi la vejetación.

Al lado de los «musgos» y los «líquenes», crecen débilmente la «grosella», el «apio silvestre» y el «junco», y á un poco de mayor altura, las «hayas» de hojas persistentes, el «boj» y los «magnolios».

Aparte de esta flora, cuyo desarrollo es muy limitado, no hay allí otros medios de subsistencia que la caza de «guanacos», «ciervos» y «zorros» y la pesca de «nutrias», «cangrejos», «focas» y «tiburones».

No obstante, el indígena ha podido mantenerse en ese suelo, se mantiene todavía y se halla en condiciones de prospera.

\* \* \*

III.—TERRITORIO POBLADO: DESIERTOS Y REGIÓN CENTRAL.—Por lo que toca al resto del país, al territorio que se extiende entre las dos cadenas montañosas que constituyen la base de su sistema orográfico,—la de los *Andes* y la de la *Costa*,—desde Tacna hasta Llanquihue, se observa una correspondencia casi invariable entre la producción espontánea y la población primitiva.

En el norte están *los desiertos*, que se prolongan desde Tacna, á través de las provincias de Tarapacá, Antofagasta y Atacama, hasta la capital de la última, Copiapó.

Región ésta, vastísima, estuvo en la época indígena poco menos que totalmente deshabitada. Siendo como es, muy rica en minerales de toda especie (oro, plata, cobre, hierro, estaño, plomo, etc.) y en yacimientos de abono de universal consumo, como el «huano», el «salitre» y el «azufre», la escasez de agua, y por consiguiente, de plantas y animales, ha hecho hasta hoy mismo en extremo dificultosa la vida. El salvaje aborigen, que no estaba en situación de aprovecharse de ninguna de estas riquezas, debió necesariamente creerla inservible.

Ya sea en la *Pampa del Tamarugal*, á la derecha del «Loa», ya en el *Llano de la Travesta*, á la izquierda del mismo, ya sobre las ramificaciones de los Andes, en la *Puna de Atacama*, esos desiertos no presentan más que uno que otro pasaje débilmente productivo. Son estas las quebradas por donde se deslizan hacia el mar

algunos riachuelos intermitentes, originados por el deshielo en la cordillera oriental.

Crece en esos oasis una vejetación raquitica, compuesta de «algarrobos», «guiscos», «cardones», «pinos», «sauces», «huinganes», «tamarugos» y pequeñas «palmeras».

Son dignas de mención especial las quebradas de *Azapa*, *Camarones*, *Carrizal*, *Taital* y *Pan de Azúcar*.

El valle del *Loa*, único río permanente en esas regiones, es absolutamente improductivo, porque sus aguas son saladas.

El suelo, arenoso en parte, cubierto de extensos salares como el de *Atacama*, lleno de menu, do ripio en otras, carece por lo común de aptitudes para la producción de vejetales, excepto en el Tamarugal, donde un riego conveniente, costoso pero no imposible, podría transformar este desierto en campos de cultivo.

El clima, además, es en extremo variable, propiamente continental: con calores ardientes durante el día, con fríos intensos durante la noche, de aire enrarecido y sin lluvias. Un rocío nocturno, denominado *camanchaca*, es lo único que refresca el terreno.

Se comprende que la escasa población indígena de estas regiones se concentrara por completo en el fondo de aquellas quebradas y junto al mar.

Siguiendo al sur, y á partir de Copiapó, la perspectiva cambia: el clima se atempera; la vejetación aumenta; los ríos se hacen permanentes y cada vez más caudalosos; las lluvias aparecen y tienden á regularizarse.

Entre las cordilleras de la Costa y los Andes, una serie de cordones transversales cruzan el territorio en caprichosas direcciones.

Por entre ellos, descienden los ríos *Copiapó*, *Huasco*, *Elqui*, *Limari*, *Choapa* y *Aconcagua*, que fertilizan otros tantos arbrigados valles.

Por su configuración especial, en que alternan llanos de buenos ríos y serranías estériles en sus alrededores, suele ser denominada esta zona con el nombre de *valles transversales*.

Hoy, esta faja de terrenos es abundante en minas y escogidamente productora de cereales y viñedos. En la época indígena, estuvo poblada de numerosas tribus.

Bosques de «cipreses», «palmeras» y «espinos» han cubierto tanto sus llanos como las faldas de sus cerros.

«Viscachas», «chinchillas», «alpacas» y «vicuñas» prestaban á los pobladores su carne para alimento y su piel para el vestido.

Desde los «cóndores» hasta los «colibríes», una multitud de pájaros les suministraba la caza.

Pero, donde más nutridamente se concentró la población de Chile primitivo, fué en la región que llamamos *valle central*, desde la cuesta de *Chacabuco*, izquierda del río Aconcagua, hasta el seno de *Reloncaví*, frente á la isla de Chiloé.

Esta era entonces y es todavía la de «flora» y «fauna» más exuberantes y variadas; porque, junto con tener lluvias regulares y copiosas, la niegan numerosos ríos.

Encerrada entre las faldas de la cordillera occidental y de la costa, forma una lengua de suelo fértilísimo.

Los sistemas fluviales que la cruzan traen desde los Andes una pendiente tan marcada hacia el mar que, con unos pocos canales de regadío y con sus desbordes de año en año, en la estación lluviosa y en la del deshielo, bastan para compenetrar las capas de la tierra y mantener durante largo tiempo la humedad.

Un clima templado, sin variaciones muy bruscas, y un sol ardiente en los días serenos, completan la obra de la producción espontánea.

Esta parte de Chile era en los primeros tiempos un enorme bosque, solo interceptado en su continuidad por algunas praderas á orillas de los ríos.

De entonces á hoy, los hombres civilizados han destruído, con diversos fines, este rico tesoro de la naturaleza.

Puede asegurarse que la sección más poblada fué la que se extiende al sur del *Biobío* hasta el *Mauñin*. Esta es una zona de grandes lagos y de grandes ríos. Figuran entre aquellos el *Villarrica*, que dá origen al río *Toltén*; el *Pilmaiquén* y el *Riñihue*, que van á formar el río Valdivia; el *Ranco*, que es la fuente del río *Bueno*, y por último, el *Llanquihue*, el mayor de todos, que envía al mar el río *Mauñin*.

Es también esta región la de lluvias más abundantes y de clima más húmedo. Por eso, su flora y su fauna han sido y continúan siendo las más exuberantes de todo el país.

Se vé, pues, que, de acuerdo con la producción, la primitiva población de Chile aumentaba de norte á sur, hasta llegar á la zona insular y patagónica que, por la inclemencia de su clima, lo mismo que la del extremo setentrional, no podían, ni pueden aún hoy, mantener con facilidad al hombre.

Tan distintas regiones como las que dividen á nuestro territorio, albergaban también diversas razas y agrupaciones indígenas.



Punta lisa

Las lluvias han disminuído por esto, y el clima ha perdido en gran parte su regularidad.

El trabajo del desmonte se ha completado casi desde el *Maipo* al *Biobío*, dejando asilados los últimos restos de esta flora primitiva en las quebradas de los Andes. Más al sur del *Biobío* la destrucción sigue rápidamente su marcha, pero aún no consigue acabar con las selvas vírgenes de las hoyas del *Imperial* y del *Toltén*.

Los «alerces», «cipreses», «robles», «lingües», «laureles», «pataguas», «maitenes», etc., no alcanzan más que en esta última zona su desarrollo típico.

Los «venados», «huanacos», «jaguares», «huemules», etc., se retiran hacia la cordillera.

Solo el más nutritivo tubérculo de la época indígena ha ganado en apreciación universal, la *papa*. El «peumo», el «maqui», el «peñón», la «avellana», la «frutilla» y la «murtilla»; la tienen también, pero en menor escala.

Es indudable que una gradación bien marcada existió en el número de la población primitiva de norte á sur, dentro del mismo valle central.



Puuta dentada

La raza propiamente chilena que figura en nuestra historia y que ha contribuído á formar nuestra nacionalidad, fué solamente la que habitaba los valles que se extienden desde Copiapó hasta Aconcagua y el gran valle central hasta Chiloé.

Las innumerables tribus dispersas en esta región se dividían en varias agrupaciones, que se designaban con nombres distintos tomados de la situación geográfica en que se hallaban.

Entre las más importantes, figuran los *huilliches* (gente del sur), del Valdivia al Reloncaví; los *pehuenches* (gente del pehuen), entre el *Biobío* y el Valdivia, y los *picunches* (gente del norte), del *Biobío* al *Copiapó*.

Los más notables entre los «pehuenches» son los *araucanos*, porque ningunos otros han caracterizado mejor la raza indígena de Chile.

Fuera de esta raza, quedaban en el sur, en el archipiélago de su nombre, los *chonos*; en la Patagonia, los *patagones*, y los *fueguinos* en la Tierra del Fuego.

En el norte, vivían los *changos* y los *atacamenos* agrupados en las costas y los parajes fértiles de los desiertos. Según todas las probabilidades, estos indios de la región setentrional de

nuestro territorio pertenecían á la raza aborigen de Bolivia.

Es cosa digna de observarse que los *grados de cultura* entre los pobladores de tan extenso y variado territorio, guardaran una estrecha relación con la capacidad de las condiciones geográficas.

A mayor producción espontánea correspondió mayor cultura, como asimismo, lo hemos visto también, mayor población.

Los *fueguinos, patagones y chonos* de la extremidad meridional, vivían, á causa de la esterilidad de su suelo, en el rango más inferior. Y, entre estos tres grupos de tribus bárbaras, el más favorecido, así por la naturaleza como por la civilización, era el de los *patagones*. Los *fueguinos* empiezan sólo ahora á salir de su barbarie.

En la extremidad opuesta, los *atacameños* y los *changos*, no estaban tampoco en mejor situación, no obstante la influencia directa que recibían de un pueblo tan adelantado como el que colindaba con ellos al norte, los «quichúas» del Perú.

Y por lo que toca á los indígenas propiamente chilenos, no hay duda que los del sur del Biobío consiguieron llegar á un grado de cultura bastante superior al de los del resto del país, antes de que alcanzara hasta ellos ninguna influencia extranjera. Se designaban con el nombre común de «moluches», que hallaban muy honroso y que quiere decir «guerreros».

\*\*\*

IV.—ARAUCANOS: TIPO Y MEDIOS DE VIDA.—Merecen un estudio especial los *araucanos*, como el tipo más conocido y más completo de la raza indígena de Chile.

Dieron los españoles ese nombre á las tribus que vivían al sur del Biobío, no se sabe bien por qué causa, si derivándolo de *auca* (voz peruana que significa «libre») ó de *ragco* (agua de greda), palabra con que se designaba el lugar en que se levantó el primer fuerte castellano al lado izquierdo de aquel río, el fuerte de *Arauco*.

El tipo *araucano* es el siguiente:

Estatura mediana y miembros bien proporcionados; cabeza abultada; cara redonda con frente estrecha y ojos pequeños, comunmente negros; nariz corta y arhatada; boca grande, con labios gruesos y dientes blancos; barba rala y escasa; pómulos pronunciados y orejas regulares. Y, completando el conjunto, un aire grave y sombrío que impone respeto. Su color ha variado del mulato al blanco, pero ordinariamente es cobrizo.

El tipo *araucano*, así presentado, saltaba fácilmente á la vista, porque su *vestido* era muy escaso. Algunas pieles de animales, como huacacos, zorros y leones; varias cortezas vegetales y ciertos tegidos de paja, constituían todo su

ajuar. Los brazos, la <sup>a</sup> piernas de la rodilla para abajo y los pies, quedaban siempre en descubierto. La cabeza solían cubrirsela con alguna piel de animal y adornársela con plumas.

El traje consistía en una camisa sin mangas, formada de dos piezas, una delantera y otra trasera, que unían por los costados y sobre los hombros unas cuantas tiras de cuero (*corriones*), ó cascarrones de árbol (huiras); lo llamaban *chamal*, y era usado por hombres y mujeres. Posteriormente, cuando ya el traje fué tegido de paño, los hombres se cruzaron el *chamal* por entre las piernas y lo ataron á la cintura. Así se llamó «chiripá».

Por su parte, las mujeres apretaban el *chamal* á la cintura con una correa ó cinturón y se colocaban una especie de mantilla cuadrada encima de los hombros. En la cabeza, en el cuello y en los brazos se ponían también adornos, á modo de cintillos, collares y pulseras. Consistían esos objetos en sartas de conchitas y caracoles marinos (las «chquiras»), ó bien de piedrecillas menudas y verdosas (las «llancas»).

Tales joyas valían para ellas como las perlas y los diamantes.

Las *habitaciones* eran muy sencillas. El indígena las edificaba en lugares apartados, frecuentemente en una quebrada, á orillas de un arroyo, ó en medio de un bosque. No consistían más que en unos cuantos palos plantados perpendicularmente en el suelo y unidos en su parte superior con otros de atravesio, formando, de este modo, ó un rectángulo, ó un círculo. Un techo de paja, á la manera de un plano inclinado y una cerca del mismo material ó de ramas, la «quincha», acaban la obra.

Tal era la *ruca*. Los «ranchos» de ahora son una imitación suya, algo perfeccionada.

La construcción de la *ruca* duraba varios días. El dueño invitaba á tomar parte en la faena á todos sus parientes.

Una vez reunidos, el trabajo se interrumpía muy á menudo para celebrar el término de cada labor con comidas y licores.

La pobre vivienda importaba una valiosa adquisición para el indio. Dentro de ella, comía, dormía y en los meses de invierno se resguardaba de la lluvia y el frío. La *cama*, en un rincón de la pieza, no era más que un montón de paja y la *almohada*, un palo grueso.

En el centro, una fogata ardía constantemente. El *fuego* se lo proporcionaba por medio de dos palos, de los cuales el uno encajaba en el otro. Imprimiendo á aquel un movimiento giratorio sobre este, resultaba la chispa, que era propagada con estopa ó yerbas secas.

Sin embargo, los *alimentos* no se cocían. Sólo era costumbre comer el pescado á medio sancochar. Para esto, no se empleaban ni ollas, ni fuentes, porque no se conocían, sino ciertos troncos de laurel, ciprés, roble, ú otro árbol semejante, que se horadaban en el centro hasta

diseñar una gran cavidad. Aquí se ponía el pez con agua y legumbres. En una fogata encendida al efecto, se calentaban unas cuantas piedras. Cuando ya el fuego las enrojecía, ó poco menos, eran arrojadas á la cavidad y revueltas con todo el recaudo.

Para la *pisca* usaba el araucano una especie de anzuelo de madera. Sobrre pequeñas embarcaciones de junco, carrizos y paja, se aventuraba por los ríos, ó el mar, á orillas de la costa.

Estas «canoas» le resultaban á veces de una sola pieza, porque un trozo de laurel ú otro árbol grande, lo excavaba empeñosamente hasta darle una forma artesada. Esta excavación, como la de los troncos para sancochar el pescado, la hacia con hachas de piedra y ayudado del fuego.

En la *casa* de animales, las armas más usadas eran el «laque» y la «flecha». El «laque» (hoy llamado: «boleadora») se componía de dos ó tres piedras bien atadas en los extremos de un corrión resistente. Tomada una de ellas, se hacia girar y las otras por sobre la cabeza y todas se arrojaban fuertemente en seguida sobre las patas del animal perseguido. Enredado éste, caía al suelo y quedaba como inmóvil.

Las «flechas» eran lanzadas en el extremo de un coligüe, de más ó menos medio metro de largo, con toda la fuerza que podía dar un arco de la misma madera, atado en sus extremidades por un corrión bastante firme. Las puntas eran dentadas ó lisas, las dentadas sangraban la presa. Además de las puntas lisas, había también otras de huesos.

Para cazar las aves, se empleaban con frecuencia algunas sustancias resinosas sacadas de los árboles, con las que se armaban «trampas de liga».

El cazador indio llevaba, además de las armas descritas, un «perro», su auxiliar indispensable. Este animal era pequeño de cuerpo, de patas delgadas, de color generalmente overo, de hocico aguzado y de orejas largas. Manifestaba una rapidez y un entusiasmo tales en la persecución de la presa, que rara vez la perdía.

Pero el alimento más común del araucano se componía de vegetales: frutos espontáneos,

raíces y tubérculos silvestres como la «papa» y el «liuto».

En cuanto á las frutas, no sólo las comía sino que fabricaba con ellas *bebidas espirituosas* de la más variada especie. Hacia que sus mujeres las trituraran con los dientes y las arrojaban, así molidas, á un depósito puesto al sol, en donde la saliva y el aire las hacia fermentar. Es fama que, en tan ruda tarea, más de una vieja dejó los últimos dientes.

El «lingue», el «maqui», la «frutilla», la «murtilla», y más tarde el «maíz», fueron las materias primas de sus bebidas, porque la «vid» no se conocía aún en Chile.

\*\*\*

#### V.—ARAUCANOS: SOCIEDAD Y COSTUMBRES GUERRERAS.—

La sociedad de los araucanos era muy estrecha: la componían la familia y la tribu. El matrimonio era el fundamento de aquella; el parentesco, el de la última.

El matrimonio se celebraba después de comprar el novio á su novia. Quien se la vendía era el padre de ésta. El precio lo

pagaba el comprador, en animales, licores, frutas, utensilios y adornos de diferente género.

Cada individuo vivía con cuantas mujeres compraba. Con todas ellas se le consideraba casado. Existía, pues, la «poligamia» entre los araucanos.

En el hogar, la mujer lo hacia todo: preparaba el alimento y arreglaba el vestido para ella, el marido y sus hijos. Hasta debía seguir á aquel cuando salía en campaña, llevándole las provisiones. Posteriormente tuvo también que tejer y sembrar. Sin embargo, el indio le daba mal trato. Como la había comprado, la creía su esclava. Podía venderla cuando se le antojase.

La crianza de la familia era muy descuidada. Durante la infancia del niño, el padre no se preocupaba de él. Solo cuando tenía ocho ó diez años lo enseñaba á tirar la flecha y á blandir la lanza y el garrote.

Una vez que el niño había aprendido todo esto, era ya considerado como hombre. Se le admitía en las fiestas, se le celebraba que se embriagase, que pronunciara insultos contra el enemigo, y hasta que le pegara á su madre.



Piedra de Rapiantu

A los araucanos les gustaba mucho que sus hijos se desarrollaran vigorosos. Por eso, los acostumbraban desde chicos á jugar los mismos juegos que ellos.

Sus juegos favoritos eran los que revelaban agilidad corporal, como la «chueca» y la «pelota».

Jugaban la chueca, formando dos partidos que se ponían en fila á una regular distancia. Armado cada individuo de su respectivo garrote arqueado en la punta, procuraba arrojar la bola de madera con que se jugaba hácia el bando contrario, en medio de una confusa gritería. Generalmente, apostaban una comilona.

A la pelota jugaban con una bola de madera que se disparaban unos á otros, en un círculo que formaban con este objeto.

Fuera de tales ejercicios, solían apostar sobre quién levantaba más peso,—unos cuantos troncos ó piedras, por ejemplo,—ó sobre quién quebraba primero un madero bastante firme.

Con el mismo propósito de conservar la fuerza y la salud, tomaban todos los días, al amanecer, un baño en el río ó arroyo más próximo.

De esta manera, los araucanos se criaban y vivían sanos y fuertes.

Ni las hijas se sustraían á algunas de estas prácticas higiénicas. Aunque eran menos estimadas que los hombres, se hacían notar por su espíritu trabajador y por sus hábitos de aseo. Ellas también se bañaban diariamente.

Muchas familias procedentes de un abuelo común, aunque remoto, constituían una tribu.

Frecuentemente ocupaba ésta un valle, á orillas de un río ó un estero y al abrigo de un bosque. La tribu era una asociación libre, unida solo por el parentesco. No reconocía jefe ninguno sino en tiempos de guerra. En tiempos de paz, el más anciano ó el más valiente era también el más respetado. Se le llamaba «gulmen» ó «cacique». Después ocupó este puesto generalmente el más rico.

Dentro de la tribu, todos se estimaban. Fuera de la tribu, todos se miraban con desconfianza. Pero, cuando un extraño llegaba a la casa de un indio, se le recibía bien casi siempre. Creían que dar hospitalidad á los que la solicitaban era un deber.

A pesar del recelo con que una tribu miraba á otra, ocurría con frecuencia que muchas tenían que aliarse para hacer una guerra á un enemigo común. Entonces, todas reunidas, elegían un jefe que se denominaba *toqui*, cuya autoridad duraba lo que la campaña y cuya misión consistía en dirigir las operaciones militares.

Se vé, pues, que los araucanos no constituyeron nunca una nación con gobierno organizado. La Araucanía fué siempre ocupada por una multitud de tribus dispersas en sus distintos valles, sin orden ni cohesión permanentes.

Sus únicas instituciones de carácter público fueron las *asambleas militares*.

Tenían éstas lugar siempre que se trataba de emprender una guerra; su convocatoria correspondía al cacique dentro de cada tribu. Pero si la cuestión era de muchas tribus contra un enemigo común, cualquiera de esos caudillos las convocaba á todas. Bien entendido que primero reunía á la suya. Si ésta decidía la guerra, el cacique iniciador enviaba un emisario al cacique vecino.

La asamblea se celebraba comiéndose un huanaco casi siempre crudo y bebiendo mucho licor.

Una flecha teñida en la sangre del corazón del animal servía como de investidura al emisario.

Esta flecha ensangrentada, se entregaba al cacique más próximo, el cual, á su turno, reunía su tribu y enviaba la misma flecha á otro cacique, y así sucesivamente, la flecha llegaba hasta la última tribu.

Era á este anuncio de guerra á lo que llamaban «correr la flecha».

Pero el emisario entregaba, además de esta insignia, un manojito de hebras de cuero, anudadas. Cada nudo representaba un día y cada día se deshacía un nudo. Cuando se debía desatar el último nudo, todas las tribus tenían que estar reunidas en el lugar designado al efecto.

Por lo común, este era un campo llano y aislado, medio oculto entre selvas y quebradas. A veces la asamblea se verificaba en la noche, á la luz de la luna.

Una vez reunidos, el cacique convocante les exponía el objeto de la asamblea. A su discurso, seguían otros, que los oyentes aplaudían tanto cuanto más enérgicos y belicosos eran.

El aplauso consistía en golpear el suelo con los talones, apoyados en las lanzas. Tan uniforme y tan recio era á veces el golpe, que parecía hacer temblar la tierra.

Se designaba después al jefe de la campaña, al *toqui*, que era casi siempre el que había demostrado más fuerza muscular y mayor elocuencia. La reunión no se disolvía sin fijar la fecha de la campaña y sin comerse unos cuantos huanacos bien remojados en licor.

Mientras llegaba el día de ponerse en marcha, cada cual preparaba su equipo y armamento. Se imponía ayunos para alivianarse.

Se adornaba la cabeza con plumas de ave, para adquirir algo de su rapidez.

Se frotaba el cuerpo con cueros de zorro y de león, á fin de participar de su astucia y su arrojo.

En ocasiones se ataba también estas pieles al cuerpo, y como se dejaba la cola hacia la parte posterior, parecía andar con un apéndice propio. Por eso, algunos españoles, que no vieron á los indios sino desde distancia, creyeron, y aún escribieron, que los araucanos eran hombres con cola.

En cuanto a sus armas, no eran muchas.

La *flecha*.

La *pica* ó *lanza*.

La *maza* ó *macana*.

El *laque* ó *boleadoras*.

Nada más:

La *flecha*, ya descrita, era la menos poderosa y más servía para la caza que para la guerra.

La *lanza* ó *pica*, estaba formada por una «quilla» de cinco á seis metros de largo y su punta reforzada como la de la flecha.

Manejada con habilidad y firmeza, podía muy bien traspasar un cuerpo de parte á parte.

Pero ninguna de sus armas era más terrible que la *maza* ó *macana*. Nada, sin embargo, más sencillo: un trozo de madera dura y pesada (luma, boldo, espino, huayacán, etc.), de metro y medio de largo más ó menos; grueso como la muñeca de la mano; en su extremo inferior una vuelta á manera de codo ó cachiporra, como de una cuarta de largo, que va angostando hasta el remate, en donde termina en filo: he ahí el arma.

Un testigo que la vió funcionar ha escrito sobre ella: «Levantada en alto

á dos manos y dejada caer, con poca fuerza que sea ayudado su peso, corta el aire, y asesta tan pesado golpe donde alcanza, que no hay celada (casco) que no abolle, ni hombre que no aturda y derribe; y están poderosa, que algunas veces hace arrodillar á un caballo y aún tenderlo en el suelo de un solo golpe».

Respecto del *laque*, ya anteriormente descrito, se empleaba como arma de guerra en la persecución de los fugitivos después de un combate. Enredados éstos, caían con las piernas casi siempre fracturadas.

Llegada la *batalla*, el araucano iniciaba el ataque desordenadamente, profiriendo alaridos y luchando cada cual cuerpo á cuerpo con el enemigo.

Los derrotados huían en confusión indescribible.

Los victoriosos eran implacables con los prisioneros, particularmente con los jefes, á quienes atormentaban de manera atroz, y después mataban de un golpe de maza en la nuca.

A veces llegaba á tal punto su venganza que colgaban las cabezas de los ultimados en las ramas más firmes de un árbol y al rededor de ellas bailaban, haciéndolas llevar el compás de sus movimientos con unos tirantes de cuero á que las unían. A esta bárbara danza llamaban «prulonco».



Tipos araucanos con lanza y chueca

\*\*\*

VI.—ARAUCANOS: CREENCIAS, CONOCIMIENTOS Y CARÁCTER.—Sacado de la guerra, el indígena chileno revelaba poca capacidad mental.

Poseía un *sistema religioso* mezclado con supersticiones ridículas. A su diós supremo lo conocía con el nombre de *Pillan*.

Concebía este diós como un poder desconocido que manejaba las nubes y los vientos, que «producía el trueno, la tempestad, el relámpago y el terremoto».

Las alturas eran su morada. Todavía se conservan nombres de algunos cerros que lo

recuerdan: el «Rucapillán», por ejemplo, cerca de Angol.

También creía en la existencia de otros diós: uno del mal, que le ocasionaba la miseria, las enfermedades, la muerte; y otro del bien, que hacía producir los campos, traía la abundancia de aves y de peces y presidía todos sus regocijos. La luna era el símbolo de este diós bueno. El diós malo estaba en todas partes. Una lucha permanente se trababa entre ambos.

Contaban los araucanos, á este respecto, una especie de *leyenda de un diluvio universal*.

Según sus relatos, dos divinidades, en figura de serpientes enormes, trabaron lucha en el comienzo del mundo: la una, tratada de destruirlo; la otra, de salvarlo. Ésta, que era personificación del diós bueno, se llamaba *Tren-Tren*.

# BANCO INDUSTRIAL DE CHILE

**COMPAÑIA**

**NÚM. 1061**

Capital autorizado \$ 3.000,000

Capital pagado. . . 1.200,000

Desde esta fecha y hasta nuevo aviso, regirá la siguiente

## TASA DE INTERESES:

A la vista y en cuenta corriente . . . . .	3%
Con 30 días de aviso . . . . .	4%
A plazo fijo de tres meses . . . . .	5%
A plazo fijo de cuatro meses ó antes con 30 días de aviso después de 2 meses . . . . .	6%
A plazo fijo de seis meses ó antes con 30 días de aviso después de 4 meses . . . . .	7%
A plazo fijo de un año ó más, pudiendo los depositantes cobrar los intereses trimestralmente. . . . .	8%

*Sobre avances en cuenta corriente* regirán los intereses y comisiones estipulados en los respectivos contratos.

El Banco gira letras sobre las siguientes plazas:

Tacna	Vallenar	Quillota	Chillán	Traiguén
Pisagua	Serena	Curicó	Tomé	Temuco
Iquique	Ovalle	Valparaíso	Talcahuano	Valdivia
Antofagasta	San Felipe	Talca	Concepción	Osnorje
Taital	Los Andes		Los Angeles	Puerto Montt

El Banco abrirá próximamente una sección de ahorros

**Miguel Duhart,**

Director-Ge. ente



Aquella, que era personificación del dios malo, se llamaba *Caicai-Vilú*.

A influjos de *Caicai-Vilú*, cayó una lluvia lluvia torrencial durante muchos días, y las aguas del mar se derramaron e inundaron la tierra; pero *Tren-Trén* defendió á los pobladores de ésta, haciendo surgir las montañas.

Hombres y brutos de diferentes especies se refugiaron en las alturas.

A medida que el mar subía, las montañas también se levantaban más y más. Tan arriba llegaron, que el sol estuvo muy próximo de ellas.

La mayor parte de los refugiados en las alturas perecieron por causa del calor y á los que salvaron se les tostó el pelo, á tal punto

va de alguien, le causaban la muerte; de unos «chonchones», animales de cabeza humana y de orejas tan largas que le servían como alas para cruzar la oscuridad é ir á chupar la sangre á los enfermos; de unos «pihuchenes», serpientes, aladas también, que en el fondo de los bosques sangraban á los que se dormían.

Además de las supersticiones, los araucanos creían en *presagios*.

Sucedía, en ocasiones, que la dirección de las nubes, el vuelo de un ave, el paso precipitado de una bestia, cualquiera de estas cosas que á nosotros nos parecen tan naturales, era suficiente motivo para que ellos suspendieran una campaña ó una fiesta, convencidos de que eso les auguraba una desgracia. Un español que los



Un machitún

que muchos lo perdieron totalmente y no les volvió á salir.

De aquí provenían los calvos, según los indígenas...

Cuando *Caicai-Vilú* se convenció de que era inútil pretender acabar con los seres vivientes, hizo descender las aguas, que desde entonces ocupan el lecho que en la actualidad tienen.

Las montañas, sin embargo, no bajaron. Todavía hay cerros en el sur que conservan el nombre del *Tren-Trén* bienhechor. Entre los más conocidos, se cuenta uno cerca de «Los Sauces», en el departamento de Angol.

Para hacer huir al dios malo y para reconciliarse con el Pillán, cuando en alguna forma manifestaba su enojo, solía quemar «canelo», su árbol sagrado.

Sus supersticiones eran innumerables. Creía en fantasmas que aparecían á diversas horas de la noche, y en sombras de muertos, como nuestras ánimas. Hablaba de unos «colocolos», lagartos subterráneos que, cuando bebían la sali-

conoció muy de cerca describe así este rasgo del carácter indígena:—«Si se mueve la lumbré, es señal de que han de venir huéspedes; si se acerca algún remolino, es que han de asaltarlos los enemigos; si les zumban los oídos, es que de ellos están murmurando; si se les cae el bocado al llevarlo á la boca, es que se acuerda de ellos quien los quiere, si palpitan las entrañas de algún animal que matan, entonces se sobresaltan de un pueril, vergonzoso temor».

Esta mezcla informe de supersticiones groseras disponía también de un *sacerdocio*.

Los ministros de sus cultos tenían de adivinos y de médicos. Los *dungues* y los *machis* se contaban entre los más importantes.

El *dungue* era propiamente el adivino que descubría los hurtos y los crímenes secretos. Un testigo que presencié una ceremonia oficiada por él, la cuenta así:—«Deja su casa sola, y desde afuera con varios conjuros, hablando con su misma casa, le hace las preguntas, y desde dentro de ella, con voz alta aunque me-

líflua, responden fijamente donde está lo que le preguntan».

El *machi* era el curandero. El indígena no podía conformarse con que un individuo se enfermara sólo y se muriera de una enfermedad. Esta era para él castigo de una divinidad ofendida ó daño hecho por un enemigo oculto, valiéndose de procedimientos mágicos. Era, pues, necesario echar fuera ese daño metido en el cuerpo. Para esto se buscaba al *machi*.

La curación consistía en una ceremonia muy aparatosa, denominada *machitún*.

Dentro de la ruca del enfermo se reunían con él sus parientes. Lo tendían en el suelo y lo rodeaban.

A su cabecera el *machi* plantaba una rama de canelo. Hacía traer un huanaco, lo descuartizaba, le tomaba el corazón y salpicaba con su sangre la rama. Quemaba algunas yerbas y llenaba de humo la habitación.

Luego se acercaba al paciente; fingía chupar la parte de su cuerpo en que estaba la dolencia ó la herida, salivaba rojo y, en un momento dado, en medio de la general sorpresa, mostraba á los concurrentes una lagartija, una araña ú otro bicho semejante: este era «el daño».

Durante estas operaciones, las mujeres cantaban con voz lúgubre, y acompañaban su canto de un rumor desagradable producido por unas calabazas secas, rellenas de piedrecillas, que cimbraban á compás. Era su música.

Pero había veces en que, á pesar de todo eso, el enfermo no daba señales de mejoría. Entonces el curandero se disculpaba, diciendo que su enfermo tenía dañadas «las entrañas más nobles».

Todos le creían.

Si el paciente moría, se llamaba al *dungwe* para que descubriera al culpable. Hacía lo *dungwe*, y señalaba generalmente como tal á un indio desvalido, á un pobre diablo que no tuviera quién lo reclamase. No impedía esto darle un castigo. Se le quemaba vivo, á fuego lento y por partes, para prolongar su agonía. Era la pena dada á los «hechiceros».

Pero si el tal acusado pertenecía á otra tribu, se originaba entonces una guerra.

Los *machis* y los *dungwes* usaban el traje como las mujeres. Vivían solos en las montañas, se dejaban crecer el pelo, la barba y las uñas y no se lavaban tampoco, á fin de ofrecer á la vista un aspecto rudo y espantable.

Después fueron las mujeres quienes con preferencia ejercieron la adivinación y la curandería. Hoy se conoce á la *machi*, entre los araucanos, como una «bruja».

Llaman la atención estos individuos. Sin embargo, en todos los pueblos bárbaros existen. Ejercen su ministerio, sin engañar á nadie, porque están engañados ellos mismos. De tal manera se poseionan de su rol sobrenatural, que al fin concluyen por creerse real y verdadera-

mente investidos del poder y las cualidades que se atribuyen.

Tenían también los araucanos *idea de una vida futura*, y como consecuencia, el *culto de los antepasados*.

No creían en un premio y castigo en otro mundo, sino en que, según la ocupación que el individuo había desempeñado entre ellos, así era también la «otra vida» de que éste iba á disfrutar.

Los guerreros seguirían combatiendo en las nubes contra los mismos enemigos que habían tenido en la tierra. Por eso, cuando el viento agitaba los nublados, se embelesaban en contemplar sus movimientos y daban desatorados gritos animando á los suyos.

Los jefes («caciques» ó «toquies») continuaban viviendo entre su tribu, pero transformados en moscardones ú otros insectos, ó sólo espiritualmente. De aquí su costumbre de arrojar al aire, en las fiestas, una parte de sus bebidas, para saciar la sed de esos espíritus. La parte de la población que no había ido á la guerra, renacía á nueva vida tras los mares, donde, en unas islas como paraísos, continuaban gozando de fiestas y combates.

Sus *entierros* eran muy ceremoniosos, particularmente cuando se trataba de algún caudillo.

Formando una larga y doble fila, llevaban su cuerpo al cerro más cercano.

Abrían un hoyo y en él construían algo como un nicho de piedras.

Ahí depositaban el ataúd, junto con los objetos de que más se había servido el extinto, tales como armas, utensilios de caza, adornos y hasta bebidas y alimentos, para el largo viaje que debía emprender.

Se le cantaban, en seguida, largos y solemnes coros, se hacía en un discurso el elogio de sus acciones y luego se bebía en su honor como en cualquier fiesta de regocijo.

Al año después, se visitaba en romería su sepulcro, se le contaba lo que desde su muerte había ocurrido en su familia y en su tribu, se volvía á hacer su elogio, se celebraba una última fiesta y se le dejaba para siempre en paz.

El *desarrollo intelectual* del araucano era muy deficiente.

En nociones científicas estaba tan atrasado que no sabía contar más que hasta «diez», por los dedos de las manos.

No tenía más medida que el «jeme», el «codo», el «pié» y el «paso». Sólo más tarde se conoció la «legua» española.

Fijaba el tiempo guiándose por los movimientos de la luna y el sol. Una lunación completa equivalía á un mes; cada fase, á una semana. Un día no era para él más que el trascurso comprendido entre la salida y la puesta del sol. En este día distinguía también algunas horas, para las cuales tenía nombres propios; pero lo más común, cuando se le preguntaba á qué hora

había ocurrido tal ó cual hecho, era que contestase señalando con el dedo la posición del sol en el momento preciso.

Conocía la virtud medicinal de algunas plantas y se aprovechaba de ellas más ó menos en los términos que hoy.

Así, por ejemplo.

La «pichoa» y el «pircún» eran purgantes.

El «huevil» curaba la fiebre.

El «chamico» le servía de narcótico.

El «palqui» era su sudorífico.

La «cachanlahua» le suministraba las mejores bebidas refrescantes.



Boleadoras

No puede decirse que tuviera *literatura*. Gustaba mucho, es cierto, de la oratoria y de la poesía. En sus asambleas populares, la elocuencia solía preferirse á la fuerza. En sus funciones, le agradaba sobremanera que un cantor celebrara sus hechos y su nombre en versos bien sonoros, y hasta pagaba con ostentación tal personaje. Pero, como no usaba la escritura, es imposible que nosotros nos formemos concepto de sus producciones. A pesar de todo, la lengua araucana, ó «mapuche»,—como también se la denominaba,—debió prestarse admirablemente para sus arengas y sus versos, por lo armoniosa y rotunda que es.

Incorporadas á nuestro idioma hay muchísimas palabras suyas, tales como «calcha», «chanchó», «chape», «chercán», «choco», «echona», «huira», «humita», «luche», «llalli», «poncho», «rulo», «trola» y «ulpo».

Menos hai que decir de sus *producciones artísticas*. No pintaba. Sus tallados en piedra ó en madera, eran excesivamente toscos para merecer el nombre de esculturas. Su música era triste y monótona. Le faltaban instrumentos más ó menos delicados. Algunas flautas y pitos de palo y otros pocos tamboriles, de calabazas por ejemplo, formaban todo su bagaje musical.

Por lo que toca ahora al *carácter de los arau-*



Bola de chueca

buenas cualidades:

*Eran patriotas, valientes y vigorosos.*

Y que al lado de estas cualidades, tenían también tres graves defectos:

*Eran crueles, supersticiosos y borraches.*

Su patriotismo y su valor los indujeron á preferir, sobre cualquiera otro que hacer, la guerra: en todo lo demás fueron unos grandes ociosos. Y la guerra, y la superstición que los asediaba, los convirtieron en crueles y vengativos.

Mucho contribuyó, sin duda, la naturaleza del territorio en que vivían á formarles esas buenas y malas cualidades.

Las numerosas quebradas y montañas de su suelo los aislaban dentro de valles fijos.

Las copiosas lluvias y la fertilidad exuberante desarrollada en esos valles, los retentaban, con su rigor en un tiempo, y con sus frutos en otro.

De ese aislamiento forzado y de esta riqueza espontánea, nacieron su amor al suelo natal, su patriotismo, su vigor y luego su audacia en la guerra.

La soledad en que se hallaban, su falta de distracciones durante las largas lluvias, el frío de los inviernos y la abundancia de frutas para hacer licores, los predispusieron á la borrachera.

Por otra parte, el aspecto de su cielo casi siempre nublado y sombrío, la frecuencia de las tempestades y de los temblores, los espesos bosques que los rodeaban, influyeron mucho, á no dudar, para que se desarrollara en su espíritu la serie de groseras supersticiones que antes hemos enumerado, porque es el temor á los fenómenos de la naturaleza cuya causa se ignora, lo que origina en el hombre primitivo,—y puede añadirse, en todo hombre ignorante,—esas creencias tan destituidas de razón.

Por lo demás, todos los pueblos de la tierra adolecen ó han adolecido de los mismos defectos que los araucanos, en un grado de cultura equivalente. Pero no existe, ni ha existido nunca, otro pueblo bárbaro que haya igualado siquiera las buenas

canos, no es difícil determinar, en sus rasgos más sobresalientes, si se toman en cuenta los medios de vida, las costumbres y las creencias que les pertenecieron.

Recordando esos antecedentes, podemos decir que los araucanos tenían tres



Maza araucana

# Riddell y Cía.



ESMERALDA, 61, VALPARAISO  
(BAJOS DEL HOTEL ROYAL)

266, ESTADO, 280, SANTIAGO



Casa importadora de Artículos Ingleses para  
◇◇ Señoras, Caballeros y Niños ◇◇

GRAN EXHIBICIÓN DE NOVEDADES DE INVIERNO

Gran surtido en Corsées y Artículos para Señoras + Pañes, Géneros Escoceses y Géneros negros de Invierno, importados especialmente para Chile + Terciopelos de Seda é Ingleses, de las mejores marcas + Abrigos y Paletós para Señoras + Abrigos especiales para Guaguas + Chales y Pañuelos para Viajes + Artículos de Fantasía, etc., etc.

cualidades de éste, ninguno que haya demostrado más patriotismo, más valor y más energía guerrera, en ningún tiempo ni en ninguna parte del mundo.

Por eso ha merecido del poeta *don Alonso de Ercilla*, ser inmortalizado en su epopeya *La Araucana*, á pesar de que fué este ilustre español uno de los que más lucharon en su contra.

\*\*\*

VII.—DOMINACIÓN DE LOS INCAS.—Los indígenas chilenos que habitaban al norte del Biobío pertenecían á la misma raza que los araucanos; pero sus costumbres, sus creencias, su modo de ser, sufrieron considerables modificaciones bajo la influencia de un pueblo extraño que los dominó: *el pueblo de los Incas*.

El nombre de raza que llevaba el pueblo era, sin embargo, el de *quichua ó quechua*.

Una ciudad opulenta servía de centro al imperio y de residencia al monarca. Era el «Cuzco».

Aquí se levantaban magníficos templos y grandes palacios; aquí también se desarrollaban el comercio y algunas importantes industrias.

Varias poblaciones menores, dispersas de uno á otro extremo del país, secundaban el movimiento de la capital.

Por todas partes la agricultura y la minería prosperaban. Se sembraban principalmente el «maíz» y el «poroto». Se explotaban minerales de «oro», «plata», «cobre» y «estaño».

Esta nación era fuerte y laboriosa á un mismo tiempo.

Uno de sus emperadores (*Tupac Yupanqui*) andaba empeñado en conquistar el extremo norte de la actual República Argentina (*el Tucumán*), cuando tuvo noticias de que, hacia el oeste y al otro lado de la cordillera de los Andes, se extendía un país que, según contaban, era muy rico. Entonces el inca resolvió y llevó á cabo su *expedición á Chile*.

Era á principios del siglo XV de nuestra era. Tupac-Yupanqui atravesó la cordillera de los Andes frente á Aconcagua, con un numeroso ejército; descendió á este valle, que llamaban *Chile* los indios; tomó posesión de los valles de más al norte y dió vuelta al Perú por el desierto de Atacama, dejando una guarnición en su nueva conquista.

Se cree que desde esa época principió á generalizarse el nombre que hoy lleva nuestro país, derivándosele del que tenía el valle de Aconcagua, que fué el primero y más rico de los ocupados por las armas peruanas.

El hijo y sucesor de ese monarca (*Huaina Capac*), emprendió después una *segunda campaña*.

Salido del Cuzco, se internó por el inmenso despoblado que se extendía de Moquehua al sur. Atravesó la mayor parte del desierto y lle-

gó hasta el oasis denominado «*Tres Puntas*» de Atacama; de ahí pasó á «*Tres Puntas*» y en seguida llegó á «*Copiapó*». Esta ruta es la que hasta hoy se denomina *Camino del Inca*.

Avanzando por el territorio ya conquistado, cruzó el valle de Aconcagua ó de Chile, y llegó hasta el del Maipo. Regularizó la administración de la conquista y se volvió por donde se había venido.

Sin embargo, el ejército invasor no se detuvo aquí; continuó su marcha hasta orillas del Biobío. Pero su dominación hasta este punto no fué duradera. Los indios del sur se rebelaron; lo hicieron retroceder hasta las riberas del Maule y aquí lo derrotaron en una gran batalla. Desde entonces este río fué el límite meridional de la dominación incásica en Chile.

Los invasores dieron á esos indios el nombre de «*promaucaes*», palabra quichua que quiere decir «*enemigos libres*».

Pero, aun cuando aquel río sirviese de barrera á la conquista en el sur, el radio de la *influencia incásica* abarcó mucho más. Pasó el Biobío y fué á hacerse sentir entre los araucanos. Debióse, sin duda, este avance á las frecuentes relaciones que hubieron de mantener entre sí los indios de estas comarcas con motivo de la guerra y al largo tiempo,—un siglo,—que duró la dominación.

Pero los que más aprovecharon esa influencia fueron, naturalmente, los que estaban sometidos de un modo más directo á ella.

En general, esa dominación produjo muchos beneficios en Chile, debido, en primer lugar, al *sistema conquistador de los incas*. Su ejército no destruía nada. Su exigencia se limitaba á la sumisión del pueblo invadido, para incorporarlo al imperio. Conseguido ésto, el pueblo conquistado entraba á participar de la cultura y del orden político del Perú. Querían que su dominación fuese tan provechosa para ellos como para los dominados. Con el objeto de conseguirlo, procuraban infundir hábitos de trabajo en los habitantes de la nueva provincia. Los reunían en centros de población relativamente numerosos, en donde formaban con ellos un villorrio de ranchos, y les suministraban elementos de cultivo de distinta especie, como, por ejemplo, herramientas y semillas para sembrar.

Así comenzaba *el Gobierno*. Se dividía al país conquistado en secciones, y en cada una de ellas se colocaba un gobernador titulado *curaca*. En Chile, éstos fueron dos, correspondientes á otras tantas secciones ó gobernaciones en que se fraccionó el país. Una de estas gobernaciones abarcaba la región setentrional, desde Copiapó hasta Aconcagua, y el curaca residía en Coquimbo. La otra abarcaba desde Aconcagua hasta el Maule, y el curaca residió en el valle de Maipo.

Los curacas pertenecían generalmente á la



© Entre don Pedro, don Fernando y la BOYD ©

—Buenos días, don Pedro.  
 —Buenos días, don Fernando.  
 —Me la ganó, don Pedro.  
 —Se la ganó, don Fernando.  
 —Será presidente Ud.  
 —Seré presidente yo.  
 —¡Ah!, Don Pedro!  
 —¡Qué, Don Fernando!

—Que hemos abierto un fondo abismo en nuestra patria, en nuestra amistad y en nuestras relaciones.  
 —Es cierto, don Fernando, pero yo me encargaré de cerrar ese abismo cuando tenga en mis manos empuñadas las riendas del gobierno. Yo soy así, amigo mío, olvido enemistades políticas etc.....

—Así lo espero, don Pedro.  
 —Ahora, don Fernando **BOYD**, vamos a beber una botella **BOYD**, la bebida refrescante sin alcohol, preparada por la Fábrica de Cerveza **CÁLERA**, de Fuchs y Platt, de que es agente don Enrique Saelzer, Castro 649, Teléfono Inglés 1469, Casilla 276, Santiago.

TORNERÍA A VAPOR  
 J. TIXIER  
 ÚNICO IMPORTADOR

Nº 1  
 HERMAN BEHR & CO  
 NEW YORK  
 "EMPIRE"  
 FLINT PAPER

PAPEL LIJA  
 colorido 1840—Escriben nombres y números

DE ESTE  
 EXELENTE  
 PAPEL LIJA

Sastrería Inglesa  
 SERVEAU y DÁTTOLI

AHUMADA

55

SANTIAGO



IMPORTACIÓN DIRECTA  
 DE INGLATERRA

Artículos para Caballeros



SECCIÓN ESPECIAL PARA CONFECCIÓN  
 DE TODA CLASE DE UNIFORMES

GRAN EXHIBICIÓN DE CORBATAS





Alfiler indígena de punta

os, ó todos en masa eran trasladados al Perú, de donde gente sumisa venía á reemplazarlos.

Ellos introdujeron en Chile el «llama» peruano, animal de carga, utilísimo, y no menos valioso por su lana, el cual se propagó con suma rapidez hasta más allá del Biobío; ordenaron domesticar el «huanaco», y sembrar el «maíz» y el «poroto», traídos también del Perú.

Parece que, á pesar de todo, la sumisión de los indios de Chile no fué muy tranquila; porque en distintos puntos del territorio (como «Collipeumo», cerca de Angostura, y Marga-Marga, cerca de Quillota), se han encontrado *restos de fortalezas* levantadas por los curacas, y porque, además, se sabe que varias tribus fueron deportadas al Perú y reemplazadas por otras de allá.

No era tampoco uno de los menores cuidados del Gobierno el trazado y mantenimiento de *caminos* que uniesen los más apartados extremos de la provincia, y á ésta con la capital del imperio. El que todavía se conoce con el nombre de «camino del inca», á través de la zona de nuestros desiertos, no era sino una parte de la extensa red que recorría el imperio hasta Quito y cuyo centro estaba en el Cuzco.

En esta línea de comunicación existían estacionados, cada veinte ó treinta kilómetros, individuos que hacían el oficio de *corricos*, y que, de á pié y con la mayor celeridad, transmitían de una parte á otra las órdenes del inca, hasta los últimos confines de sus dominios. Las posadas en que descansaban, llamábanse *tambos*.

nobleza del Perú, y usaban, como signo de su alto rango, unos pendientes de oro muy grandes que, colocados en las orejas desde chicos, se las alargaban desmesuradamente. Por eso los llamaban «orejones».

Como representantes del inca, debían cuidar atentamente de sus vasallos. Su obligación iba hasta suministrar alimentos á los necesitados, bien que á condición de que estuvieran siempre tranquilos; porque, de lo contrario, ó una manzana acababa con los revol-

Pero donde más eficazmente se dejó sentir la influencia de los indios peruanos fué en la producción del país. Desde luego, comenzó á hacerse el *cultivo de los campos*. Con este objeto se abrieron «canales» de regadío en todas aquellas partes en que mejor lo permitía el terreno. Entre las acequias que se construyeron en esa época, todavía existe, más ó menos por el mismo trazado, la que baja de los cerros del Salto á los alrededores de Santiago, y riega las haciendas vecinas. Se la llama aún de «Vitacura», nombre del curaca que la ordenó abrir.

Se han hallado restos de «cañerías» de greda de este mismo tiempo en los baños de Colina y otros puntos, lo que indica que también los indios del Perú instalaron en Chile algunos servicios especiales de agua.

Además de los sembrados de «porotos» y «maíz», ellos enseñaron á cultivar la «papa», que se daba espontánea en Chile.

Entonces, así mismo, comenzó á aprovecharse la lana del «huanaco», la «vicuña» y el «llama»; y el tegido de telas de este material se generalizó en todo el país.

Una pequeña industria traída por los quichuas, que todavía se conserva entre nosotros y que tuvo en sus principios enorme importancia, fué la «alfarería» de barro cocido y greda. Los vasos, ollas y cántaros de estas sustancias, produjeron un trastorno completo en el ajuar doméstico del indio de Chile.

Pero al trabajo que más desarrollo dieron los súbditos del inca fué á la *explotación de las minas*. El oro, la plata, el cobre y el estaño lo encontraron

y lo extrajeron en nuestro país, lo mismo que en el suyo.

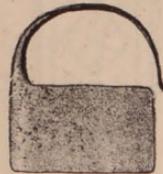
Su principal atención la contrajeron, sin embargo, al oro, porque de este metal se componía el tributo que se enviaba al emperador. Entre las minas cuya explotación se hizo entonces, se encuentran particularmente las de «Marga-Marga».

Los «alfileres» y los «pendientes» de oro y plata se fabricaron también por ellos en moldes de yeso y de barro.

Numerosos restos de esta especie han sido hallados en las «huacas», ó sepulturas de los indios peruanos. Porque éstos, lo mismo que los araucanos, enterraban á sus muertos al pié de una colina, agregándoles los utensilios que habían usado en la vida, con la



Vaso y Cántaro indígenas



Pendiente de plata

LAMPARERIA DE  
GAS Y PARAFINA

C. H. V. de Hamilton Beith

CONDELL, 45 BAÑOS  
VALPARAISO LAVATORIOS

Aseo. . . Se puede conseguir  
Salud . . . estas tres condicio-  
Felicidad . . . nes tan fácilmente,  
Tina Esmaltada de bañándose en una  
Porcelana, como dándose al pasa-  
tiempo favorito de los baños de  
mar, que pinta nuestro artista

diferencia de que, en vez de colocar el cadáver acostado, lo ponían en cuclillas, con los brazos cruzados y las rodillas casi frente al pecho. Sólo de Coquimbo al norte se han hallado «huacas».

La influencia incásica se dejó sentir también en el *desarrollo intelectual* del indio chileno.

En su religión se introdujo la *idolatría*, que importaba un progreso de su anterior estado. En su numeración, pudo ya contar hasta mil, de sólo á diez que antes alcanzaba. A su lenguaje agregó muchas *palabras quichúas*, que hasta hoy permanecen incorporadas á nuestro idioma. «Apa», «cachapa», «callana», «cancha», «locro» son, entre varios centenares, voces derivadas de ese idioma.

La modificación operada en las *costumbres* de los indios chilenos fué aun mayor.

Desde que se fundaron pequeñas poblaciones, los vínculos de la familia y de la tribu se hicieron más estrechos. Con la introducción de los sembrados y de la alfarería de greda, y con el aprovechamiento de las lanas en la fabricación de tejidos, las condiciones de la *alimentación* y el *traje* cambiaron.

La carne y las legumbres pudieron comerse cocidas. Para eso se hacían las ollas.

Desde entonces *el maíz* sirvió de materia prima para las «humitas», el «ulpo», el «zanco», la «harina de llalli», el «mote», la «chuchoca» y el «morochó», y el *poroto* pasó á ser el más nutritivo alimento.

Por lo que toca al *traje*, las «camisetas de lana», los «ponchos», las «fajas» para la cintura, las «cintas» para el pelo, que las mujeres empezaron á arreglarse en forma de «trenzas», fueron de uso general.

De algunas plantas (el «quintral» principalmente) sacaban tintas para teñir esos tejidos.

Los pies se calzaron con «ojotas» de cuero, y la cabeza se cubrió con «chupallas» de paja. Los arroyos y cenagales se atravesaron en «zancos», comunmente.

De modo, pues, que hubo mejor alimentación, más decencia, más aseo y más comodidad entre los indios chilenos, después de la invasión incásica.

No hay recuerdo de que esta benéfica transformación costara más de un *tributo anual* pagado al inca por intermedio de sus curacas, en grandes «tejos de oro». Nada se sabe de derramamiento de sangre en castigo ó batallas.

La traslación del tributo al Perú se hacía con gran pompa. En una determinada época del año, —parece que al empezar la primavera, —se despachaba por los curacas para el Cuzco un cargamento de tejos de oro, sellados con un distintivo especial que no se conoce.

El cargamento se componía de baules de caña tejida y encerraba hasta unos cien mil de esos tejos.

Cuatro indios cargaban cada uno de los cofres como en andas, sobre sus hombros; otros cuatro seguían al lado para relevarlos.

La larga procesión de estas andas caminaba á compás y lentamente.

Una multitud de flecheros la precedía, para ir despejando el camino y preparando los alojamientos.

Cuando pasaba por algún poblacho, sus moradores se reunían y celebraban una aparatosa fiesta en homenaje al emperador.

El camino seguido por la caravana era, ó el conocido con el nombre del inca, á través de los desiertos, ó el de la cordillera, á través de la altiplanicie boliviana, ascendiendo desde Copiapó.

Después de cerca de cien años de sumisión los indígenas del norte y centro de Chile recorrieron casi su libertad.

A principios del siglo XVI, apenas si se conservaban aquí rastros de la dominación peruana.

Había muerto el inca Huaina Capac i ensangrentado al Perú una guerra civil entre sus dos hijos, por causa de la sucesión al trono. Debilitadas con este motivo las guarniciones que se mantenían en Chile, curacas y caciques quedaron poco menos que independientes.



Cacique de Valdivia